

## NOCHE SERENA, Á DON OLOARTE.

Cuando contemplo el cielo,  
 De innumerables luces adornado,  
 Y miro hácia el suelo,  
 De noche rodeado;  
 En sueño y en olvido sepultado,  
 El amor y la pena  
 Despiertan en mi pecho un ansia ardiente,  
 Despide larga vena,  
 Los ojos hechos fuente,  
 Oloarte, y digo al fin con voz doliente:  
 «Morada de grandeza,  
 Templo de claridad y hermosa,  
 El alma que á tu alteza  
 Nació; qué desventura  
 La tiene en esta cárcel baja, oscura?  
 ¿Qué mortal desatino  
 De la verdad aleja así el sentido,  
 Que, de tu bien divino  
 Olvidado, perdido,  
 Sigue la vana sombra, el bien fingido?»  
 El hombre está entregado  
 Al sueño, de su suerte no cuidando,  
 Y con paso callado  
 El cielo vueltas dando,  
 Las horas del vivir le va hurtando.  
 ¡Oh! despertad, mortales,  
 Mirad con atención en vuestro daño;  
 Las almas inmortales,  
 Hechas á bien tamaño,  
 ¿Podrán vivir de sombras y de engaño?  
 ¡Ay! levantad los ojos  
 A aquesta celestial eterna esfera,  
 Burlaréis los antojos  
 De aquesa lisonjera  
 Vida, con cuanto teme y cuanto espera.  
 ¿Es mas que un breve punto  
 El bajo y torpe suelo, comparado  
 Con ese gran trasunto,  
 Do vive mejorado  
 Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?  
 Quien mira el gran concierto  
 De aquestos resplandores eternos,  
 Su movimiento cierto,  
 Sus pasos desiguales,  
 Y en proporcion concorde tan iguales;  
 La luna cómo mueve  
 La plateada rueda, y va en pos de ella  
 La luz do el saber llueve,  
 Y la graciosa estrella  
 De amor la sigue, reluciente y bella;  
 Y cómo otro camino  
 Prosigue el sanguinoso Marte airado,  
 Y el Júpiter benigno,  
 De bienes mil cercado,  
 Serena el cielo con su rayo amado.  
 Rodéase en la cumbre  
 Saturno, padre de los siglos de oro;  
 Tras él la muchedumbre  
 Del reluciente coro  
 Su luz va repartiendo y su tesoro.  
 ¿Quién es el que esto mira,  
 Y precia la bajeza de la tierra,  
 Y no gime y suspira,  
 Y rompe lo que encierra  
 El alma, y destos bienes la destierra?  
 Aquí vive el contento,  
 Aquí reina la paz, aquí asentado  
 En rico y alto asiento  
 Está el amor sagrado,  
 De glorias y deleites rodeado.  
 Inmensa hermosa  
 Aquí se muestra toda, y resplandece  
 Clarísima luz pura,  
 Que jamás anochece;  
 Eterna primavera aquí florece.  
 ¡Oh campos verdaderos!  
 Oh prados con verdad frescos y amenos,  
 Riquisimos mineros!  
 Oh deleitosos senos,  
 Repuestos valles, de mil bienes llenos!

## LAS SERENAS Á CHERINTO.

No te engañe el dorado  
 Vaso, ni de la puesta al bebedero  
 Sabrosa miel cebado,  
 Dentro al pecho ligero,  
 Cherinto, no traspases el postrero.  
 Asensio, ten dudosa  
 La mano liberal; que esa azucena,  
 Esa purpúrea rosa,  
 Que el sentido enajena,  
 Tocada, pasa al alma y la envenena.  
 Retira el pié, que asconde  
 Sierpe mortal el prado, aunque florido  
 Los ojos roba; adonde  
 Aplace mas, metido  
 El peligroso lazo está y tendido.  
 Pasó tu primavera,  
 Ya la madura edad te pide el fruto  
 De gloria verdadera.  
 ¡Ay! pon del cieno bruto  
 Los pasos en lugar firme y enjuto,  
 Antes que la engañosa  
 Circe, del corazón apoderada,  
 Con copa ponzoñosa  
 El alma trasformada,  
 Te junte, nueva fiera, á su manada.  
 No es dado al que allí asienta,  
 Si ya el cielo dichoso no le mira,  
 Huir la torpe afrenta:  
 O arde oso en ira,  
 O hecho jabalí, gime y suspira.  
 No fies en viveza,  
 Atiende al sábio rey Solimitano;  
 No vale fortaleza,  
 Que al vencedor Gazano  
 Condujo á triste fin femenil mano.  
 Junta al alto griego,  
 Que sábio no aplicó la noble antena  
 Al enemigo ruego  
 De la blanda Sirena,  
 Por do por siglos mil su fama suena.  
 Decia comoviendo  
 El aire en dulce son: «La vela inclina,  
 Que del viento buyendo,  
 Por los aires camina  
 Ulises, de los griegos luz divina.  
 ¡Allega y da reposo  
 Al inmortal cuidado, y entre tanto  
 Conocerás curioso  
 Mil historias que canto,  
 Que todo navegante hace otro tanto;  
 ¿Que todo lo sabemos;  
 Quanto contiene el suelo, y la reñida  
 Guerra te cantarémos  
 De Troya y su caída,  
 Por Grecia y por los dioses destruida.»  
 Así falsa cantaba,  
 Ardiendo en crueldad; mas el prudente  
 A la voz atajaba  
 El camino en su gente  
 Con la aplicada cera suavemente.  
 Si á tí se presentare,  
 Los ojos, sábio, cierra, firme atapa  
 La oreja si llamare;  
 Si prendiere la capa,  
 Huye, que solo aquel que huye escapa.

## Á FELIPE RUIZ.

¿Cuándo será que pueda  
 Libre desta prision volar al cielo,  
 Felipe, y en la rueda  
 Que buye mas del suelo  
 Contemplar la verdad pura sin duelo?  
 Allí, á mi vida junto,  
 En luz resplandeciente convertido,  
 Veré distinto y junto  
 Lo que es y lo que ha sido,  
 Y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo  
 La soberana mano echó el cimicinto  
 Tan á nivel y plomo,  
 Do estable y firme asiento  
 Posee el pesadísimo elemento;  
 Veré las inmortales  
 Columnas do la tierra está fundada,  
 Las lindes y señales  
 Con que á la mar hinchada  
 La Providencia tiene aprisionada;  
 Por qué tiembla la tierra,  
 Por qué las hondas mares se embravecen,  
 Do sale á mover guerra  
 El cierzo, y por qué crecen  
 Las aguas del Océano y descrecen;  
 De dó manan las fuentes,  
 Quién ceba y quién bastece de los rios  
 Las perpétuas corrientes,  
 De los helados frios  
 Veré las causas y de los estíos;  
 Las soberanas aguas,  
 Del aire en la region quién las sostiene,  
 De los rayos las fraguas;  
 Dó los tesoros tiene  
 De nieve Dios, y el trueno dónde viene.  
 ¿No ves cuando acontece  
 Turbarse el aire todo en el verano,  
 El día se enegrece,  
 Sopla el Gallego insano,  
 Y sube hasta el cielo el polvo vano;  
 Y entre las nubes mueve  
 Su carro Dios, ligero y reluciente?  
 Horrible son conmueve,  
 Relumbra fuego ardiente,  
 Treme la tierra, humillase la gente;  
 La lluvia baña el techo,  
 Invian largos rios los collados,  
 Su trabajo deshecho,  
 Los campos anegados  
 Miran los labradores, espantados.  
 Y de allí levantado,  
 Veré los movimientos celestiales,  
 Ansi el arrebatado  
 Como los naturales,  
 Las causas de los hados, las señales.  
 Quién riges las estrellas  
 Veré, y quién las enciende con hermosas  
 Y eficaces centellas;  
 Por qué están las dos osas  
 De bañarse en la mar siempre medrosas.  
 Veré este fuego eterno,  
 Fuente de vida y luz, dó se mantiene,  
 Y por qué en el invierno  
 Tau presuroso viene;  
 Quién en las noches largas le detiene.  
 Veré sin movimiento  
 En la mas alta esfera las moradas  
 Del gozo y del contento,  
 De oro y luz labradas,  
 De espíritus dichosos habitadas.

## AL LICENCIADO JUAN DE GRIAL.

Recoge ya en el seno  
 El campo su hermosura, el cielo acoja  
 Con luz triste el ameno  
 Verdor, y hoja á hoja  
 Las cimas de los árboles despoja.  
 Ya Febo inclina el paso  
 Al resplandor egeo, ya del día  
 Las horas corta escaso,  
 Ya Eolo, al mediodía  
 Soplando, espesas nubes nos envía.  
 Ya el ave vengadora  
 Del Ibico navega los nublados,  
 Y con voz ronca llora,  
 Y el yugo al cuello atados  
 Los bueyes van rompiendo los sembrados.  
 El tiempo nos convida  
 A los estudios nobles, y la fama,  
 Grial, á la subida

Del sacro monte llama,  
 Do no podrá subir la postrer llama.  
 Alarga el bien guiado  
 Paso y la cuesta vence, y solo gana  
 La cumbre del collado,  
 Y do mas pura mana  
 La fuente, satisfaz tu ardiente gana.  
 No cures si al perdido  
 Error admira el oro, y va sediento  
 En pos de un bien fingido;  
 Que no así vuela el viento  
 Quanto es fugaz y vano aquel contento.  
 Escribe lo que Febo  
 Te dicta favorable, que lo antiguo  
 Iguala, y pasa el nuevo  
 Estilo; y, caro amigo,  
 No esperes que podré atener contigo.  
 Que yo, de un torbellino  
 Traidor acometido, y derrocado  
 Del medio del camino  
 Al hondo, el plectro amado  
 Y del vuelo las alas he quebrado.

## Á FELIPE RUIZ.

¿Qué vale cuanto vee  
 Dó nace y dó se pone el sol luciente,  
 Lo que el indio posee,  
 Lo que da el claro Oriente,  
 Con todo lo que afana la vil gente?  
 El uno mientras cura  
 Dejar rico descanso á su heredero,  
 Vive en pobreza dura,  
 Y perdona al dinero,  
 Y contra sí se muestra crudo y fiero.  
 El otro que sediento  
 Anhela el señorío, sirve ciego;  
 Por subir su asiento  
 Abájase á vil ruego,  
 Y de la libertad va haciendo entrego.  
 Quien de dos claros ojos  
 Y de un cabello de oro se enamora,  
 Compra con mil enojos  
 Una menguada hora,  
 Un gozo breve, que sin fin se llora.  
 Dichoso el que se mide,  
 Felipe, y de la vida el gozo bueno  
 A sí solo lo pide,  
 Y mira como ajeno  
 Aquello que no está dentro en su seno.  
 Si resplandece el día,  
 Si Eolo su reino turba en saña,  
 El rostro no varia,  
 Y si la alta montaña  
 Encima le viniere, no le daña.  
 Bien como la fiudosa  
 Carrasca en alto risco desmochada  
 Con bacha poderosa,  
 Del ser despedazada  
 Del hierro torna rica y esforzada.  
 Querrás hundille, y crece  
 Mayor que de primero, y si porfia  
 La lucha, mas florece,  
 Y firme al suelo invia  
 Al que por vencedor ya se tenia.  
 Exento á todo cuanto  
 Presume la fortuna, sosegado  
 Está y libre de espanto  
 Ante el tirano airado,  
 De yerro, de cruera y fuego armado.  
 «El fuego, dice, enciende,  
 Aguza el hierro crudo, rompe y llega,  
 Y si me hallares, prende,  
 Y da á tu hambre ciega  
 Su cecho desecado y la sosiega.  
 ¿Qué estás? ¿No ves el pecho  
 Desnudo, flaco, abierto? ¡Oh! no te cabe  
 En puño tan estrecho  
 El corazón que sabe  
 Cerrar cielos y tierra con su llave.

» Ahonda mas adentro,  
Desvuelve las entrañas, el insano  
Puñal penetra al centro;  
Mas es trabajo vano,  
Jamás me alcanzará tu corta mano.  
» Rompiste mi cadena  
Ardiendo por prenderme; al gran consuelo  
Subido he por tu pena;  
Ya suelto, encumbro el vuelo,  
Traspaso sobre el aire, huello el cielo.»

## DE LA VIDA DEL CIELO.

Alma region luciente,  
Prado de bienandanza, que ni el hielo  
Ni con el rayo ardiente  
Fallece, fértil suelo,  
Productor eterno de consuelo;  
De púrpura y de nieve,  
Florida la cabeza, coronado,  
A dulces pastos mueve  
Sin honda ni cayado  
El buen pastor en tí su hato amado.  
El va, y en pos, dichas,  
Le siguen sus ovejas, do las paze  
Con inmortales rosas,  
Con flor que siempre nace,  
Y cuanto mas se goza, mas renace.  
Y dentro á la montaña  
Del alto bien las guía, ya en la vena  
Del gozo fiel las baña,  
Y les da mesa llena,  
Pastor y pasto él solo y suerte buena.  
Y de su esfera cuando  
A cumbre toca altísimo subido  
El sol, el sesteando,  
De su ato ceñido,  
Con dulce son deleita el santo oído.  
Toca el rabel sonoro,  
Y el inmortal dulzor al alma pasa,  
Con que envilece el oro,  
Y ardiendo se trapasa,  
Y lanza en aquel bien libre de tasa.  
¡Oh son! Oh voz! Siquiera  
Pequeña parte alguna descendiese  
En mi sentido, y fuera  
De sí el alma pusiese,  
Y toda en tí, oh amor, la convirtiese.  
Conocería dónde  
Sesteas, dulce Esposo, y desatada  
Desta prision adonde  
Padece, á tu manada  
Viviré junta, sin vagar errada.

## AL APARTAMIENTO.

¡Oh ya seguro puerto,  
De mi tan luengo error! Oh deseado  
Para reparo cierto  
Del grave mal pasado!  
¡Reposo dulce, alegre, reposado!  
Techo pajizo, adonde  
Jamás hizo morada el enemigo  
Cuidado, ni se esconde  
Invidia en rostro amigo,  
Ni voz perjura ni mortal testigo;  
Sierra que vas al cielo,  
Altísima, y que gozas del sosiego  
Que no conoce el suelo,  
Adonde el vulgo ciego  
Ama el morir ardiendo en vivo fuego,  
Recíbeme en tu cumbre,  
Recíbeme; que huyo perseguido  
La errada muchedumbre,  
El trabajar perdido,  
La falsa paz, el mal no merecido.  
Y do está mas sereno  
El aire me coloca, mientras curo  
Los daños del veneno

Que bebí mal seguro,  
Mientras el manciñado pecho apuro;  
Mientras que poco á poco  
Borro de la memoria cuanto impreso  
Dejó allí vivir loco  
Por todo su proceso  
Vario, entre gozo vano y caso avieso.  
En tí, casi desnudo  
Deste corporal velo, y de la asida  
Costumbre roto el nudo,  
Traspasaré la vida  
En gozo, en paz, en luz no corrompida.  
De tí, en el mar sujeto,  
Con lástima los ojos inclinando,  
Contemplaré el aprieto  
Del miserable bando  
Que las saladas ondas va cortando.  
El uno, que surgia  
Alegre ya en el puerto, salteado  
De bravo soplo, guía,  
En alta mar lanzado,  
Apenas el navio desarmado;  
El otro en la encubierta  
Peña rompe la nave, que al momento  
El hondo pide abierta;  
El otro calma el viento,  
Otro en las bajas Sirtes hace asiento.  
A otros roba el claro  
Día y el corazón el aguacero,  
Ofrecen al avaro  
Neptuno su dinero;  
Otro nadando huye el morir fiero.  
Esfuerza ó pon el pecho;  
Mas ¿cómo será parte un alligido  
Que va, el leño deshecho,  
De flaca tabla asido,  
Contra un abismo inmenso embravecido?  
¡Ay, otra vez y ciento  
Otras, seguro puerto deseado!  
No me falte tu asiento,  
Y falte cuanto amado,  
Cuanto del ciego error es cudiciado.

## A LA VIDA RELIGIOSA \* (1).

Mil varios pensamientos  
Mi alma en un instante revolvía,  
Cercada de tormentos,  
De pena y agonía,  
Buscando algún descanso y alegría;  
Mas, como no hallaba  
Contento en esta vida ni reposo,  
Desalada buscaba  
Con paso presuroso  
A su querido amor y dulce esposo.  
Y andándole buscando,  
Cansada, se sentó junto á una fuente  
Que la iba destilando  
Un rísco mansamente,  
Regando el verde prado su corriente.  
Las parleruelas aves  
Una acordada música hacían  
De voces tan suaves,  
Que al alma enternecían,  
Y en amor de su esposo la encendían;  
Y con gentil donaire  
Plegando y desplegando sus alillas,  
Jugaban por el aire  
Las simples avecillas,  
Divididas en orden por cuadrillas;  
Y en forma de torneo  
Las unas con las otras se encontraban,  
Con ligero meneo  
Después revoleaban,  
Y entre la verde yerba gorjeaban.  
Gozando de esta fiesta  
Mi alma, entre mil flores recostada,  
Durmió un poco la siesta,

(1) Las poesías que, como esta, van señaladas con un asterisco, han sido publicadas por primera vez en esta colección.

Mas tocando la mano  
El agua cristalina de la fuente,  
Salió su intento vano,  
Pues luego de repente  
La voz se fué y el sueño juntamente.

## A DON PEDRO PORTOCARRERO.

No siempre es poderosa,  
Portocarrero, la maldad, ni atina  
La envidia ponzoñosa,  
Y la fuerza sin ley, que mas se empina,  
Al fin la frente inclina;  
Que quien se opone al cielo,  
Cuando mas alto sube, viene al suelo.  
Testigo es manifiesto  
El parto de la tierra mal osado,  
Que cuando tuvo puesto  
Un monte encima de otro y levantado,  
Al hondo derrocado,  
Sin esperanza gime,  
Debajo su edificio, que le oprime.  
Si ya la niebla fria  
Al rayo que amanece odiosa ofende,  
Y contra el claro día  
Las alas escurisimas extiende,  
No alcanza lo que emprende  
Al fin, y desaparece,  
Y el sol puro en el cielo resplandece.  
No pudo ser vencida,  
Ni lo será jamás, ni la llaneza,  
Ni la inocente vida,  
Ni la fe sin error, ni la pureza,  
Por mas que la fiereza  
Del tigre ciña un lado,  
Y el otro el basilisco emponzoñado.  
Por mas que se conjuren  
El odio y el poder y el falso engaño,  
Y ciegos de ira, apuren  
Lo propio y lo diverso, ajeno, extraño,  
Jamás le harán daño;  
Antes, cual fino oro,  
Recobra del crisol nuevo tesoro.  
El ánimo constante,  
Armado de verdad, mil aceradas,  
Mil puntas de diamante  
Embota y enflaquece, y desplegadas  
Las fuerzas encerradas,  
Sobre el opuesto bando  
Con poderoso pié se ensalza hollando;  
Y con cien voces suena  
La fama, que á la sierpe, al tigre fiero  
Vencidos, los condena,  
A daño no jamás perecedero,  
Y con vuelo ligero  
Venciendo la victoria,  
Corona al vencedor de gozo y gloria.

## CONTRA UN JUEZ AVARO.

Aunque en ricos montones  
Levantes el cautivo inútil oro,  
Y aunque tus posesiones  
Mejores con ajeno daño y lloro,  
Y aunque cruel tirano  
Oprimas la verdad, y tu avaricia,  
Vestida en nombre vano,  
Convierta en compra y venta la justicia;  
Aunque engañes los ojos  
Del mundo, á quien adoras, no por tanto,  
No nacerán abrojos  
Agudos en tu alma, ni el espanto  
No velará en tu lecho,  
Ni escucharás la cuita y agonía,  
El último despecho,  
Ni la esperanza buena en compañía  
Del gozo tus umbrales  
Penetrará jamás, ni la Meguera  
Con llamas infernales,  
Con serpentina azote la alta y fiera

Y estando descuidada,  
Oyó una voz que la dejó admirada.  
«No temas, la decia;  
Mas oye atentamente lo que digo:  
Si buscas alegría  
Y estar siempre conmigo,  
Huye del mundo y de quien es su amigo;  
» Que si al trabajo huyes,  
Y gustas de deleites y consuelo,  
Sabe que te destruyes,  
Pues truecas por el suelo  
La gloria eterna del impireo cielo.  
» Mira que estás cercada  
De tres contrarios tuyos capitales,  
Y vives descuidada  
De los crecidos males  
Que te podrán causar contrarios tales.  
» Advierte que está el uno  
Apoderado ya de tu castillo,  
Y los dos de consumo  
Comienzan á batillo,  
Sin que tus fuerzas puedan resistillo.  
» Déjalos por despojos  
El contento, el regalo y la riqueza,  
Y no vuelvas los ojos  
A ver esa vileza,  
Pues cuanto dejar puedes es pobreza.  
» Que si dejes uno,  
Ciento tendrás por él en esta vida  
Sin descontento alguno;  
Y allá á la despedida  
Daráte Dios la gloria prometida.  
» Verás en este suelo,  
Dando de mano al mundo fementido,  
Un retrato del cielo  
Que Dios tiene escondido  
En la celdilla pobre y el vestido.  
» Ajeno del cuidado  
Que al mercader sediento trae ansioso,  
De solo Dios pagado,  
Se goza el religioso,  
Libre del mundo falso y engañoso.  
» No busca los favores  
Que al ambicioso traen desvelado  
En casa de señores;  
Mas antes retirado  
Goza su suerte y su felice estado.  
» No tiene desconsuelo  
Ni puede entristecerle cosa alguna,  
Porque es Dios su consuelo,  
Ni la baja fortuna  
Con su mudable rueda le importuna.  
» Su casa y celda estrecha  
Alcázar le parece torreado;  
La túnica deshecha,  
Vestido recamado;  
Y el suelo duro, lecho delicado.  
» El cilicio tejido  
De punzadoras cerdas de animales,  
Que al cuerpo está ceñido,  
Aparta de los males  
Que causa el ciego amor con los mortales.  
» La disciplina dura  
De retorcido alambre le da gusto,  
Pues cura la locura  
Del estragado gusto  
Que huye á rienda suelta de lo justo.  
» En estos ejercicios  
Su vida pasa mas que venturosa,  
Apartado de vicios,  
Sin que le dañen cosa  
Mundo, demonio, carne pegajosa.  
» Cuanto el seglar procura  
Adquirir con deleites y hacienda  
Se dan de añadidura,  
No mas de porque atiende  
Al servicio de Dios, y no le ofenda.»  
Gustaba en gran manera  
Mi alma de la plática que oia;  
Y para ver quién era  
El que aquello decia,  
Durmiendo, aquí y allí se revolvía.

Y diestra mano armada,  
Saldrá de tu aposento sola una hora;  
Y ni tendrás clavada  
La rueda, aunque mas puedas, voladora  
Del tiempo hambriento y crudo,  
Que viene, con la muerte conjurado,  
A dejarte desnudo  
Del oro y cuanto tienes mas amado;  
Y quedarás sumido  
En males no finibles y en olvido.

## EN UNA ESPERANZA QUE SALIÓ VANA.

Huid, contentos, de mi triste pecho;  
¿Qué engaño os vuelve á do nunca pudistes  
Tener reposo ni hacer provecho?  
Tened en la memoria cuándo fuistes  
Con público pregon; ay! desterrados  
De toda mi comarca y reinos tristes,  
Adó ya no veréis sino nublados  
Y viento y torbellino y lluvia fiera,  
Suspiros encendidos y cuidados.  
No pinta el prado aquí la primavera,  
Ni nuevo sol jamás las nubes dora,  
Ni canta el ruiseñor lo que antes era.  
La noche aquí se vela, aquí se llora  
El día miserable sin consuelo,  
Y vence al mal de ayer el mal de agora.  
Guardad vuestro destierro, que ya el suelo  
No puede dar contento al alma mía,  
Si ya mil vueltas diere andando el cielo;  
Guardad vuestro destierro, si alegría,  
Si gozo y si descanso andais sembrando,  
Que aqueste campo abrojos solos cria;  
Guardad vuestro destierro, si tornando  
De nuevo, no queréis ser castigados  
Con crudo azote y con infame bando;  
Guardad vuestro destierro, que olvidados  
De vuestro ser en mí seréis, dolores;  
Tal es la fuerza de mis duros hados.  
Los bienes mas queridos y mayores  
Se mudan y en mi daño se conjuran,  
Y son por ofenderme á sí traidores.  
Mancillanse mis manos si se apuran,  
La paz y la amistad me es cruda guerra,  
Las culpas faltan, mas las penas duran.  
Quien mis cadenas mas estrecha y cierra  
Es la memoria mia y la pureza;  
Cuando ella sube, entonces vengo á tierra.  
Mudó su ley en mi naturaleza,  
Y pudo en mi dolor lo que no entiendo  
Ni seso humano ni mayor viveza.  
Cuanto desenlazarse mas pretende  
El pájaro captivo, mas se enliga,  
Y la defensa mia mas me ofende.  
En mi la culpa ajena se castiga,  
Y soy del malhechor; ay! prisionero,  
Y quieren que de mí la fama diga:  
Dichoso el que jamás ni ley ni fuero,  
Ni el alto tribunal ni las ciudades,  
Ni conoció del mundo el trato fiero;  
Que por las inocentes soledades  
Recoge el pobre cuerpo en vil cabaña,  
Y el ánimo enriquece con verdades.  
Cuando la luz el aire y tierras baña,  
Levanta al puro sol las manos puras,  
Sin que se las aplomen odio y saña.  
Sus noches son sabrosas y seguras,  
La mesa le bastece alegremente  
El campo, que no rompen rejas duras.  
Lo justo le acompaña y la luciente  
Verdad, las sencilleces pechos de oro,  
La fe no colorada falsamente.  
De ricas esperanzas almo coro,  
Y paz con su descuido le rodean,  
Y el gozo, cuyos ojos huye el lloro.  
Allí, contento, tus moradas sean,  
Allí te lograrás, y á cada uno  
De aquellos que de mi saber desean,  
Les di que no me viste en tiempo alguno.

## EN LA ASCENSION.

¿Y dejas, Pastor santo,  
Tu grey en este valle hondo, oscuro,  
Con soledad y llanto;  
Y tú, rompiendo el puro  
Aire, te vas al inmortal seguro?  
Los antes bienhadados,  
Y los agora tristes y afligidos,  
A tus pechos criados,  
De ti desposeídos,  
¿Adó convertirán ya sus sentidos?  
¿Qué mirarán los ojos  
Que vieron de tu rostro la hermosura,  
Que no les sea enojos?  
Quien oyó tu dulzura,  
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?  
A aqueste mar turbado  
¿Quién le pondrá ya freno? quién concierto  
Al viento fiero, airado,  
Estando tú cubierto?  
¿Qué norte guiará la nave al puerto?  
¿Ay! nube envidiosa  
Aun deste breve gozo, ¿qué te quejas?  
¿Dó vuelas presurosa?  
¿Cuán rica tú te alejas!  
Cuán pobres y cuán ciegos; ay! nos dejas!

## Á TODOS LOS SANTOS.

¿Qué santo ó qué gloriosa  
Virtud, qué deidad, que el cielo admira,  
¿Oh Musa poderosa  
En la cristiana lira!  
Dirémos entre tanto que retira  
El sol con presto vuelo  
El rayo fugitivo, en este día  
Que hace alarde el cielo  
De su caballería?  
Qué nombre entre estas breñas á porfía  
Repetirá sonando  
La imagen de la voz, en la manera  
El aire deleitando,  
Que el Efrateo hiciera  
Del sacro y verde Hermon por la ladera?  
¿Adó ceñido el oro  
Crespo con verde yedra, la montaña  
Condujo con sonoro  
Laud, con fuerza y maña  
Del oso y del leon domó la saña?  
Pues ¿quién diré primero,  
Que el alto y que el humilde, y que la vida  
Por el manjar grosero  
Restituyó perdida,  
Que al cielo levantó nuestra caída?  
Igual al Padre eterno,  
Igual al que en la tierra nace y mora,  
De quien tiembla el infierno,  
A quien el sol adora,  
En quien todo el ser vive y se mejora.  
Después el vientre entero,  
La madre desta luz será cantada;  
Clarísimo lucero  
En esta mar turbada,  
Del linaje humano fiel ahogada.  
Espíritu divino,  
No callaré tu voz, tu pecho opuesto  
Contra el dragon malino,  
Ni tú en olvido puesto,  
Que á defender mi vida estás dispuesto.  
Osado en la promesa,  
Barquero de la barca no sumida,  
A ti mi voz profesa,  
Y á ti, que la lucida  
Noche te traspasó de muerte á vida.  
¿Quién no dirá tu lloro,  
Tu bien trocado amor, oh Magdalena,  
De tu Nardo el tesoro,  
De cuyo olor la ajena  
Casa, la redondez del mundo es llena?

Del Nilo moradora,  
Tierna flor del saber y de pureza,  
De ti yo canto agora,  
Que en la desierta alteza  
Muerta luce tu vida y fortaleza.  
Diré el rayo africano,  
Diré el Stridones sábio, elocuente,  
O del panal romano,  
O del que justamente  
Nombraron Boca de Oro entre la gente.  
Coluna ardiente en fuego,  
El firme y gran Basilio al cielo toca,  
Mayor que el miedo y ruego,  
Y ante su rica boca  
La lengua de Demóstenes se apoca.  
Cual árbol con los años  
La gloria de Francisco sube y crece,  
Y entre mil ermitaños  
El claro Anton parece  
Luna que en las estrellas resplandece.  
¿Ay padre! ¿y dó se ha ido  
Aquel raro valor? ó ¿qué malvado  
El oro ha destruido  
De tu templo sagrado?  
¿Quién zizaó tan mal tu buen sembrado?  
¿Adonde la azucena  
Lucia y el clavel, do el rojo trigo,  
Reina agora la avena,  
La grama, el enemigo  
Cardo, la sinjusticia, el falso amigo.  
Convierte piadoso  
Tus ojos y nos mira, y con tu mano  
Arranca poderoso  
Lo malo y lo tirano,  
Y planta aquello antiguo, humilde y llano.  
Da paz á aqueste pecho,  
Que hierve con dolor en noche oscura;  
Que fuera deste estrecho  
Diré con mas dulzura  
Tu nombre, tu grandeza y hermosura.  
No niego, dulce amparo  
Del alma, que mis males son mayores  
Que aqueste desamparo;  
Mas cuanto son peores,  
Tanto resonarán mas tus loores.

## Á SANTIAGO.

Las selvas conmoviera,  
Las fieras alimañas, como Orfeo,  
Si ya mi canto fuera  
Igual á mi deseo,  
Cantando el nombre santo Zebedeo;  
Y fueran sus hazañas  
Por mi con voz eterna celebradas,  
Por quien son las Españas  
Del yugo desatadas  
Del bárbaro furor, y libertadas;  
Y aquella nao dichosa,  
Del cielo esclarecer merecedora,  
Que joya tan preciosa  
Nos trujo, fuera agora  
Cantada del que en Citia y Cairo mora.  
Osa el cruel tirano  
Ensangrentar en ti su injusta espada:  
No fué consejo humano;  
Estaba á tí ordenada  
La primera corona, y consagrada.  
La fe que á Cristo diste  
Con presta diligencia has ya cumplido;  
De su cáliz bebiste  
Apenas que subido  
Al cielo retornó, de tí partido.  
No sufre larga ausencia,  
No sufre, no, el amor que es verdadero.  
La muerte y su inclemencia  
Tiene por muy ligero  
Medio, por ver al dulce compañero.  
Cual suele el fiel sirviente,  
Si en medio la jornada le han dejado,  
Que haciendo prestamente

Lo que le fué mandado,  
Torna buscando al amo ya alejado;  
Ansi entregado al viento,  
Del mar Egeo al mar de Atlante vuela,  
Do puesto el fundamento  
De la cristiana escuela,  
Torna buscando á Cristo á remo y vela.  
Allí por la maldita  
Mano el sagrado cuello fué cortado;  
Camina en paz bendita,  
Alma, que ya has llegado  
Al término por tí tan deseado.  
A España, á quien amaste  
(Que siempre al buen principio el fin responde),  
Tu cuerpo le enviaste  
Para dar luz adonde  
El sol su claridad cubre y esconde.  
Por los tendidos mares  
La rica navecilla va cortando,  
Nereidas á millares  
Del agua el pecho alzando,  
Turbadas entre sí, la van mirando.  
Y dellas hubo alguna  
Que, con las manos de la nave asida  
La aguja con la una,  
Y con la otra tendida  
A las demás, que lleguen las convida.  
Ya pasa del Egeo,  
Vuela por el Ionio, atrás ya deja  
El puerto Lilibeo,  
De Córcega se aleja,  
Y por llegar al nuestro mar se aqueja.  
Esfuerza, viento, esfuera,  
Hinche la santa vela, embiste en popa  
El viento; haz que no tuerza  
Do Avila casi topa  
Con Calpe, hasta llegar al fin de Europa.  
Y tú, España, segura  
Del mal y cautiverio que te espera,  
Con fe y voluntad pura  
Ocupa la ribera,  
Recibirás tu guarda verdadera;  
Que tiempo será cuando,  
De innumerables huestes rodeada,  
Del cetro real y mando  
Te verás derrocada,  
En sangre, en llanto y en dolor bañada.  
De hácia el mediodía  
Oye que la voz amarga suena,  
La mar de Berbería  
De flotas veo llena,  
Hierve la costa en gente, en sol la arena.  
Con voluntad conforme  
Las proas contra tí se dan al viento,  
Y con clamor deforme  
De pavoroso acento  
Avivan de remar el movimiento.  
Y la infernal Meguera,  
La frente de ponzoña coronada,  
Guía la delantera  
De la morisca armada,  
De fuego, de furor, de muerte armada.  
Cielos, so cuyo amparo  
España está á merced, en tanta afrenta,  
Si ya este suelo caro  
Os fué, nunca consienta  
Vuestra piedad que mal tan crudo sienta.  
Mas ¡ay! que la sentencia  
En tabla de diamante está esculpida;  
Del godo la potencia  
Por el suelo caída,  
España en breve tiempo es destruida.  
¿Cuál río caudaloso  
Que los opuestos muelles ha rompido  
Con sonido espantoso,  
Por los campos tendido,  
Tan presto y tan feroz jamás se vido?  
Mas cese el triste llanto,  
Recobre el español su bravo pecho,  
Que ya el Apóstol santo,  
Un otro Marte hecho,  
Del cielo viene á darte su derecho.